

Sue Grafton

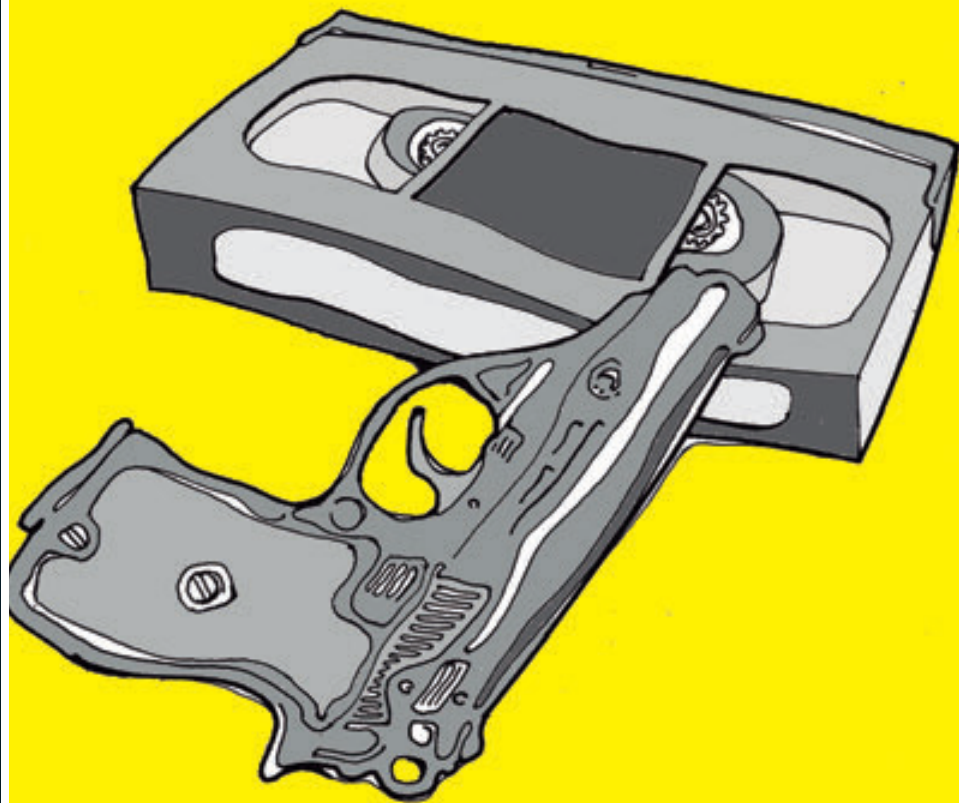
Y de Yesterday

colección andanzas



Serie
Detective Kinsey Millhone

«Soy escéptica, y no confío en que los demás digan la verdad. Dios sabe cuánto me cuesta a mí decirla.»



TUSQUETS
EDITORES

Y SUE GRAFTON
de YESTERDAY

Traducción de Victoria Ordóñez Diví

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Y is for Yesterday*

1.ª edición: junio de 2018

© 2017 by Sue Grafton

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción total o parcial en cualquier forma o modalidad.

Publicado por acuerdo con G.P. Putnam's Sons, sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

© de la traducción: Victoria Ordóñez Diví, 2018

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-546-6

Depósito legal: B. 10.351-2018

Fotocomposición: Moelmo

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Agradecimientos	11
1. El robo. Enero de 1979	13
2. Viernes, 15 de septiembre de 1989	27
3. Sábado, 16 de septiembre de 1989	45
4.	59
5. El rechazo. Mayo de 1979.....	75
6. Lunes, 18 de septiembre de 1989	91
7. Iris y Joey. Lunes, 18 de septiembre de 1989	103
8. Martes, 19 de septiembre de 1989.....	109
9.	123
10. La cinta. Mayo de 1979.....	139
11. Miércoles, 20 de septiembre de 1989	155
12. Iris y Joey. Miércoles a última hora de la mañana, 20 de septiembre de 1989	175
13. Miércoles por la tarde, 20 de septiembre de 1989 ..	189
14. Miércoles por la noche, 20 de septiembre de 1989 .	207
15. La amenaza. Mayo de 1979.....	217
16. Jueves, 21 de septiembre de 1989	233
17.	247
18. Iris y Joey. Jueves, 21 de septiembre de 1989.....	261
19. Viernes, 22 de septiembre de 1989	267
20. La fiesta junto a la piscina. Junio de 1979	277
21. Viernes, 22 de septiembre de 1989	289
22.	305

23. Sábado, 23 de septiembre de 1989	319
24.	331
25. Lunes, 25 de septiembre de 1989	343
26. Iris y Joey. Miércoles, 27 de septiembre de 1989 ..	357
27. Lunes, 2 de octubre de 1989	365
28. El estallido. Junio de 1979.	381
29. Martes, 3 de octubre de 1989	397
30.	407
31. Miércoles, 4 de octubre de 1989	421
32. Jueves, 5 de octubre de 1989.	435
33. La pistola. Junio de 1979.	451
34. Jueves, 5 de octubre de 1989.	469
35. Viernes, 6 de octubre de 1989.	483
36. Iris y Joey. Viernes, 6 de octubre de 1989	493
37. La ejecución. Junio de 1979.	505
38. Viernes, 6 de octubre de 1989.	523
39.	533
40. Sábado, 7 de octubre de 1989.	547
Epílogo	571

1
El robo
Enero de 1979

Iris esperaba frente al mostrador de la secretaría, con el parte disciplinario en la mano, convencida de que le caería una reprimenda del señor Lucas, el subdirector. Ya la había llamado a su despacho dos veces desde que se matriculó en la Academia Climping el pasado otoño. La primera vez, por saltarse la clase de educación física. La segunda, por fumar junto a la sala de estudio. Le explicaron que había una zona para fumadores reservada específicamente para los alumnos, pero Iris repuso que se encontraba en el otro extremo del campus, por lo que era imposible llegar allí entre clases. Sus protestas cayeron en saco roto. Ahora estaban a principios de enero y la habían enviado al despacho del subdirector por saltarse las normas de vestimenta del colegio.

Estaba dispuesta a admitir que los partes disciplinarios no eran la mejor manera de encontrar su sitio en un colegio nuevo. Los alumnos de menor edad llevaban uniforme, pero los de los cursos superiores podían elegir su atuendo siempre que respetaran las normas. Según la interpretación de Iris, estaba prohibido llevar faldas o vestidos por encima de la rodilla, camisetas sin mangas, pantalones cortos, camisetas con eslóganes, ropa interior a la vista, chanclas de playa y botas Doc Martens. En su opinión, ella acataba las normas. Había dado por sentado que podía ponerse cualquier prenda que se le antojara, dentro de lo razonable. La Academia Climping no lo veía así. Según la dirección del colegio, el atuendo escolar debía reflejar recato, respeto, conservadurismo y formalidad.

Aquella mañana se había puesto un vestido tobillero de manga larga de terciopelo granate con cuello de volantes, medias negras y zapatillas de deporte rojas. Tenía el pelo largo y grueso, de un color entre cobrizo y rojo vivo gracias a una mezcla de tintes del supermercado. Dos grandes pasadores de plata le apartaban la melena de la cara. Llevaba en cada muñeca una muñequera de cuero con tachuelas de latón y de plata. Al final, resultó que su modelito se salía de la norma. Pues menuda mierda.

La señora Malcolm, secretaria del colegio, reconoció la presencia de Iris con una inclinación de cabeza, pero era evidente que no pensaba interrumpir su trabajo por las tonterías de una alumna problemática. La secretaria estaba ocupada distribuyendo cartas en los casilleros de varios profesores. Poppy, una alumna voluntaria, grapaba sobres. Iris estudiaba noveno en la Academia Climping, el colegio privado de Santa Teresa situado en Horton Ravine. Era un centro tan pijo y pretencioso que la tenía alucinada. Iba al Climp únicamente porque a su padre lo habían contratado para enseñar matemáticas de nivel avanzado y para entrenar al equipo de hockey sobre hierba. El curso escolar costaba veinte mil dólares al año, cantidad que sus padres no podrían haberse permitido de no ser por el empleo de su padre: en la Academia Climping a los hijos de los profesores se les eximía del pago de la matrícula.

Su instituto anterior se encontraba en un barrio «mestizo» de Detroit, y aquello había significado drogas, matones y actos vandálicos, algunos cometidos por la propia Iris cuando se le había antojado. Sus padres la arrancaron de Michigan y la dejaron caer en la Costa Oeste a pesar de sus protestas. California era un asco. Iris esperaba encontrar surfistas, drogatas y espíritus libres, pero, por lo que había visto, aquello también era una mierda. La Academia Climping le parecía increíble: tenía un total de trescientos alumnos desde el parvulario hasta el último curso, y un profesor para cada nueve alumnos. Las expectativas eran altas, y la mayoría de los alumnos daban la talla. ¿Y por qué

no iban a darla? Todos eran niños ricos, cuyos padres les proporcionaban siempre lo mejor: viajes al extranjero, presupuestos ilimitados para comprarse ropa, clases privadas de tenis y esgrima y visitas semanales a un psiquiatra, esto último por si a algún bobo le regalaban un Volkswagen nuevo en vez del BMW que esperaba recibir. ¡Qué penita daban los muy jodidos! A menudo, sus padres expresaban sus dudas acerca de enviarla a un colegio privado, alegando la presión para acatar las convenciones sociales y los peligros del materialismo. Sus padres se las daban de bohemios.

Nada más ver el modelito de Iris, la señora Rubio, su tutora, le comunicó que tendría que volver a casa para cambiarse de ropa. Cuando Iris contestó que no disponía de transporte, la mujer le sugirió que tomara el autobús. ¿El autobús? ¿De qué iba esa mujer? Iris no sabía a qué horas pasaban los autobuses, por lo tanto, ¿cómo se las iba a apañar? A diferencia de la mayoría de los alumnos, ella no vivía en un barrio pijo como Horton Ravine. Trasladarse de Michigan a California había supuesto una desagradable sorpresa. Debido al precio desorbitante de las viviendas, sus padres habían comprado una casa destartada en el Upper East Side con una hipoteca que los convertía en esclavos de por vida. ¡Menudos bohemios! Iris era hija única. Sus padres, de entrada, no habían querido tener hijos, cosa que no dejaban de recordarle. Desoyendo los consejos médicos, su madre decidió hacerse a los veinticinco años un ligamento de trompas y descubrió que estaba embarazada. Tanto a ella como a su marido les costó decidir si debían interrumpir el embarazo, y al final concluyeron que sería aceptable tener un solo hijo. A veces se felicitaban ante Iris por cómo la estaban educando, que consistía principalmente en animarla a ser independiente; es decir, tener la capacidad de distraerse sola y no exigirles casi nada a ellos.

Su madre tenía una licenciatura en ciencias políticas y ahora daba clase a tiempo parcial en el City College de Santa Te-

resa. También trabajaba como voluntaria dos tardes a la semana en una clínica abortista, donde se sentía llamada a defender los derechos reproductivos, el control femenino del propio cuerpo y la conveniencia de que las mujeres consideraran otras opciones en lugar de cargar con hijos no deseados.

Entretanto, tras haber sido testigo del refinamiento que imperaba en Horton Ravine, Iris se avergonzaba de la vida que se veía obligada a llevar. Sus padres eran muy desordenados, pensando, quizá, que desorden y superioridad intelectual iban de la mano. Iris era incapaz de recordar la última vez que los tres habían comido juntos. Los platos se amontonaban en el fregadero, ya que ni su madre ni su padre se molestaban en fregarlos. Sacar el polvo y pasar la aspiradora eran tareas demasiado rutinarias para ellos. Ninguno hacía la colada. Si uno de los dos cedía y acababa poniendo una lavadora, las prendas quedaban amontonadas en el sofá del salón hasta que alguien las necesitara. Iris se lavaba su propia ropa. Sus padres pensaban que tener ayuda en la casa equivalía a explotar a las clases bajas, por lo que todas esas tareas domésticas quedaban a menudo por hacer. También defendían la igualdad entre hombres y mujeres, y eso generaba una competición soterrada para ver cuál de los dos podía obligar al otro a pasar por el aro. El dormitorio de Iris era la única habitación ordenada de la casa, y allí pasaba casi todo su tiempo libre para aislarse del caos.

El señor Lucas apareció en la puerta de su despacho y le indicó que entrara. Era un hombre guapo, alto y esbelto, dado a llevar chalecos de cachemira y camisas con las mangas arremangadas. Tenía el pelo del color de la arena de las playas californianas y algunas arrugas en la cara que no le restaban atractivo. Parecía discreto, relajado y competente. Tiró una carpeta sobre su escritorio, se sentó y entrelazó los dedos por encima de la cabeza.

—La señora Rubio se ha quejado de cómo vas vestida. Parece salida de una feria renacentista.

—Sea eso lo que sea —replicó Iris.

—Es el tercer parte disciplinario que te ponen desde que llegaste al colegio. No entiendo a qué se debe este patrón de rebeldía.

—¿Por qué lo llama patrón cuando sólo he hecho dos cosas mal?

—Tres, contando lo de hoy. Estás aquí para aprender, no para enfrentarte a la dirección del colegio. Me parece que no aprecias la oportunidad que se te ha dado.

—Eso me importa un huevo —respondió Iris—. Todos mis amigos están en Detroit. Con el debido respeto, señor Lucas, la Academia Climping es una mierda.

Iris vio que el señor Lucas estaba dispuesto a pasar por alto sus palabrotas. Probablemente no era el momento de recriminarle su afición al lenguaje soez.

—He revisado tu expediente. En tu último colegio sacabas buenas notas, pero aquí parece empeñada en enfrentarte a todo el mundo. Echas de menos a tus amigos, y lo entiendo. También entiendo que no es fácil vivir en California si estás acostumbrada al Medio Oeste, pero si sigues comportándote así, tú serás la primera perjudicada. ¿Te parece razonable lo que te estoy diciendo?

—¿Entonces qué va a pasar? ¿Tres faltas y me expulsarán? El señor Lucas sonrió.

—No solemos tirar la toalla tan pronto. Te guste o no, pasarás aquí tres años más. Queremos que esos años sean agradables y productivos. ¿Serás capaz de soportarlo?

—Supongo.

Iris bajó la mirada. Por alguna razón, le dolió el tono amable del señor Lucas. Parecía realmente preocupado por ella, lo cual complicaba aún más las cosas. Iris no quería encajar. No quería adaptarse. Quería volver a Detroit, donde sabía que la aceptaban por lo que era. En aquel momento, Iris se percató de que había incumplido la estrategia que solía adoptar en si-

tuaciones como aquélla. El truco consistía en simular arrepentimiento y explicar con detalle los motivos por los que había cometido la infracción, que podían ser ciertos o no. Desplegaba toda su verborrea y se disculpaba al menos dos veces, procurando parecer sincera pese a que no le importaba una mierda la regañina. El secreto radicaba en no ofrecer ninguna resistencia, táctica que le había funcionado bien hasta entonces. La resistencia propiciaba los sermones y animaba a los adultos a pontificar.

—¿Y qué hay de mi ropa? —musitó—. No sé conducir, así que no puedo ir a casa a cambiarme.

—En eso te puedo ayudar. ¿Dónde vives?

—En el Upper East Side.

—Espera un momento.

El señor Lucas se levantó del escritorio y se dirigió a la secretaría, abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Señora Malcolm, ¿podría hacerme el favor de prestarme a Poppy media hora? Iris necesita que la lleven a su casa en el Upper East Side. Ir y venir, treinta minutos como máximo.

—Por supuesto. Si a ella le parece bien.

—Claro, la llevaré encantada —dijo Poppy.

Iris notó que el corazón comenzaba a latirle con fuerza. Poppy era una de las chicas más populares de Climp, hasta el punto de que Iris apenas osaba dirigirle la palabra. Le aterrorizaba la idea de compartir vehículo con Poppy aunque fuera diez minutos, y no digamos ya treinta.

Al llegar al aparcamiento, Poppy se volvió hacia ella y le dirigió una sonrisa.

—Qué modelito tan guay, nena. Ojalá tuviera tanto morro como tú.

Las dos subieron al Thunderbird de Poppy. Después de cerrar la puerta de golpe, Iris rebuscó en su bolso y sacó una lata antigua de cigarrillos Lucky Strike. Estaba llena de porros liados con mano experta.

—¿Te apetece una calada?

—¡Joder, pues claro! —respondió Poppy.

Aquello sucedió en enero, y las dos se habían vuelto inseparables desde entonces. Iris fue un modelo de buena conducta durante los tres meses siguientes, lo cual dijo mucho en su favor.

Cada tarde iban a casa de Poppy, supuestamente para estudiar, pero en realidad se dedicaban a fumar porros y a asaltar el mueble bar de los padres de Poppy. Iris tenía un don para preparar combinados valiéndose de cualquier bebida disponible. Bautizó su última creación con el nombre de «lanzallamas», una mezcla de Kahlúa, licor de plátano, *crème de menthe* y ron. Los padres de Poppy no bebían ron, pero guardaban una botella por si algún invitado lo pedía. El padre de Poppy era un cirujano torácico y su madre tenía un cargo administrativo en un hospital, lo que significaba que ambos trabajaban muchas horas y les obsesionaban los asuntos médicos, incluyendo los cotilleos laborales. Las dos hermanas mayores de Poppy habían ido a la universidad. Una estudiaba medicina, mientras que la otra trabajaba para una empresa farmacéutica. Todos los miembros de la familia eran inteligentes y ambiciosos. Poppy fue un añadido inesperado a la familia, y llegó mucho después de que su madre se creyera liberada de los pañales, los problemas de dentición, los pediatras, las reuniones escolares y los entrenos de fútbol. Iris y Poppy tenían en común su condición de alienígenas. Era como si ambas hubieran descendido de una nave espacial, obligando a los perplejos terrícolas a criarlas lo mejor que pudieran.

Las dos chicas pasaban la mayor parte del tiempo solas, y pedían pizza por teléfono o cualquier otra comida a domicilio que pudieran cargar a una tarjeta de crédito. Al menos Poppy sabía conducir, y a menudo llevaba a Iris a su casa a las diez de la noche. Los padres de Iris nunca protestaron: probablemente agradecían que prefiriera la compañía de Poppy a la suya.

En abril, Iris se quedó estupefacta cuando el subdirector volvió a llamarla a su despacho. ¿Qué habría hecho esta vez? No tenía ningún parte disciplinario y se había esforzado al máximo por integrarse y portarse bien. ¿Es que nadie la valoraba?

Incluso la señora Malcolm parecía sorprendida.

—Hacía tiempo que no te veíamos por aquí. ¿Qué ha pasado ahora?

—Ni idea. Estaba la mar de tranquila cuando me llega una nota donde pone que el señor Lucas quiere verme. Ni siquiera sé por qué me ha llamado.

—Pues yo tampoco.

Iris se sentó en uno de los bancos de madera destinados a los alumnos descarriados e impenitentes. Llevaba los libros y la carpeta para poder ir a su clase siguiente —historia mundial en este caso— después de aguantar la bronca de rigor. Abrió la carpeta y fingió repasar sus apuntes. Procuró no mostrar interés en los sobres marrones que estaba distribuyendo la secretaria, pero sabía lo que contenían: las pruebas de aptitud académica del estado de California. Se celebraban al principio y al final del penúltimo curso de secundaria, y estaban concebidas para medir el nivel de cada alumno en matemáticas y en inglés. Poppy llevaba semanas quejándose: si no mejoraba de nivel, tendría que sufrir la afrenta de ir a clases de recuperación. En determinadas circunstancias, los resultados de las pruebas podían determinar si a un alumno del penúltimo curso se le permitiría pasar al curso superior. Iris se preguntó si habría alguna forma de echarle mano a una copia del examen. ¡Sería un golpe maestro! Poppy era su mejor amiga, una alumna aplicada, aunque no demasiado inteligente. Iris era consciente de sus limitaciones, pero hacía la vista gorda porque Poppy era muy popular en el colegio. El novio de Poppy, Troy Rademaker, se encontraba en una situación similar. Las calificaciones de Troy eran excelentes, pero no podía permitirse bajar de nota. Estudiaba en Climp gracias a una beca que debía conservar a toda costa. Además,

Austin Brown y él estaban entre los candidatos al premio en memoria de Albert Climping, concedido anualmente a los alumnos más destacados de noveno, décimo, undécimo y duodécimo, los cuatro cursos de secundaria. El colegio premiaba la distinción académica, los logros deportivos y los servicios a la comunidad. Austin Brown, líder indiscutible del penúltimo curso, era un alumno tan admirado como temido por sus comentarios cáusticos sobre sus compañeros de clase.

Poppy no era una belleza convencional, pero tenía mucho estilo y caía bien a todo el mundo. Los deberes escolares siempre habían sido su cruz. Poppy era una de esas alumnas mediocres que, año tras año, pasaban de curso sin que se les exigiera dominar las asignaturas principales. Gracias a la manga ancha de sus profesores, Poppy había podido estudiar junto a compañeros a los que conocía desde la guardería. Lo malo era que, a medida que se iba haciendo mayor, le permitían pasar de curso por motivos cada vez más dudosos, lo que significaba que cada vez le costaba más esfuerzo aprobar. Ahora los sentimientos de Poppy oscilaban entre la frustración y la desesperanza. El papel de Iris consistía en lograr que Poppy se olvidara de sus problemas escolares, de ahí los porros y la comida basura.

Iris ignoraba el motivo por el que el señor Lucas la había mandado llamar. Llevaba meses sin recibir un parte disciplinario, y se preguntó si el subdirector sería consciente de lo mucho que le había costado portarse así de bien. No estaría de más una palmadita en la espalda, o algún tipo de refuerzo positivo por su madurez y su autocontrol. Era más fácil portarse mal. Le encantaba la sensación de dejarse llevar, de actuar impulsivamente y hacer cualquier cosa que se le ocurriera.

El señor Lucas entró en el despacho y le hizo un gesto a Iris para que se levantara del banco y lo siguiera. Cuando se hubo acomodado ante su escritorio, el subdirector la miró con expresión perpleja.

—¿En qué puedo ayudarte?

—No lo sé. Me han dado una nota en la que pone que usted quería verme.

El señor Lucas se la quedó mirando unos instantes y entonces cayó en la cuenta.

—Es verdad, lo siento. No tiene que ver contigo, sino con tu amiga Poppy.

Iris lo miró con interés. Aquello suponía un cambio en el guion.

—¿Qué le pasa a Poppy?

—Se juega mucho si no aprueba. Los profesores están preocupados por sus notas, que cada vez son peores.

Las palabras del señor Lucas desconcertaron a Iris.

—No lo entiendo. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—A Poppy le cuesta mucho estudiar, seguro que tú también te has dado cuenta. Es curioso, pero te considera un modelo.

—Sí, muy curioso. ¿No te fastidia? ¿Cómo voy a ser un modelo para nadie cuando sólo tengo catorce años?

—No te subestimes, eres muy lista. Puedes permitirte avanzar sin mucho esfuerzo porque consigues aprobar casi sin estudiar. Poppy debe esforzarse mucho más que tú. La semana que viene tiene la prueba de aptitud, y es fundamental que no se despiste. Si no saca buenas notas no podrá ir a la universidad que ha elegido, que creo que es Vassar.

Iris se echó a reír.

—¿Vassar? ¡Ni de coña! Tendrá suerte si la aceptan en el City College para hacer una carrera de dos años.

—Eso no nos toca decidirlo a nosotros. La cuestión es que podrías serle de gran ayuda si la animaras a estudiar en vez de hacer el vago. Necesita tu apoyo.

—No necesita mi «apoyo» —repuso Iris, ofendida—. Se las arregla muy bien sola. No entiendo por qué me echa la culpa a mí de que a Poppy le aburra el colegio.

—Es más que aburrimiento, ¿no te parece?

El señor Lucas formó un círculo con el pulgar y el índice y se los llevó a los labios, como si le estuviera dando una calada a un porro.

Iris procuró disimular. ¿Cómo narices se habría enterado el subdirector?

—Si insinúa que Poppy y yo fumamos porros, no sé de dónde lo habrá sacado, pero está muy equivocado. Puede que yo fumara un par de veces cuando vivía en Michigan, pero lo dejé. No tengo ni idea de lo que hará Poppy, eso deberá preguntárselo a ella.

—Mira, Iris, no te he llamado para discutir contigo —dijo el señor Lucas armándose de paciencia—. Esperaba que me ayudaras.

—¿Que lo ayudara cómo? ¿Dejando de ver a mi mejor amiga? Porque eso es lo que sugiere que haga, ¿no?

—No te pido que dejes de verla. Sólo que reduzcas el tiempo que pasáis juntas, como medida temporal.

—¿Me está diciendo con quién puedo salir y con quién no?

—Te estoy pidiendo ayuda. Hasta ahora, a Poppy le ha ido más o menos bien en el colegio, pero está empezando a fallar.

—¿Y eso es culpa mía?

A Iris le pareció indignante que el señor Lucas no la hubiera llamado para recompensarla por su buen comportamiento, sino para adularla con la esperanza de que ayudara a Poppy Earl.

—Ejerces una buena influencia en ella, y tienes una personalidad fuerte. Poppy no aprende tan deprisa como tú. Creo que le vendría muy bien que te apartaras un poco y la dejaras centrarse en los estudios.

Iris abrió la boca para protestar, pero la cerró en el acto. Le ardían las mejillas sólo de pensar que la estuvieran culpando de las malas notas de Poppy. Y, para colmo, el señor Lucas esperaba que sacrificara su amistad, fuera por el motivo que fuera. Si Poppy necesitaba mejorar su expediente académico, seguro

que había formas de conseguirlo que no implicaran abandonar a una amiga.

—Lo pensaré.

Al señor Lucas pareció sorprenderle que Iris cediera tan pronto.

—Muy bien. Estupendo. Sólo te pedimos que reflexiones sobre la influencia que ejerces en Poppy, y que te alejes un poco de ella.

—Vale.

El señor Lucas continuó hablando, pero Iris ya no le escuchaba. Le enfurecía que los profesores la hubieran señalado a ella al comentar las notas mediocres de Poppy, como si fueran responsabilidad suya. ¿A qué cojones venía aquello? El señor Lucas soltó algunas chorradas más y ella le siguió la corriente. Fingió que todo iba bien cuando, en realidad, estaba cabreadísima.

En cuanto acabó el encuentro, Iris esperó a que el señor Lucas cerrara la puerta de su despacho para escabullirse por el pasillo, ciega de ira. Se detuvo un instante y centró su indignación en un punto de la pared: entre los lavabos de las chicas y el armario del conserje había una alarma contra incendios. El proceso era sencillo: romper el cristal y luego pulsar el botón. Echó una ojeada en ambas direcciones para asegurarse de que el pasillo estuviera vacío y entonces usó una esquina de su libro de historia para romper el cristal. Al pulsar el botón empezó a sonar una sirena ensordecedora. Entró en el baño de las chicas y se encerró en un cubículo. A continuación se sentó en el retrete, levantó los pies y los apoyó en la puerta. Si alguien miraba por la rendija inferior, pensaría que el cubículo estaba vacío. Más allá del silencio del baño, oyó puertas que se abrían de golpe y el vocerío de los alumnos que salían en tropel de sus aulas.

El señor Dorfman, director de la Academia Climping, ordenaba a profesores y alumnos por el interfono que se dirigie-

ran a la salida de forma ordenada. Habían repetido el simulacro centenares de veces, pero casi siempre lo anunciaban con cierta antelación. Al oír el griterío, Iris dedujo que nadie sabría si esta vez el incendio iba en serio. La posibilidad de que un colegio quedara reducido a cenizas le pareció muy excitante. Al cabo de pocos minutos se hizo el silencio en los pasillos. Iris se levantó, salió del cubículo y miró a su alrededor por si alguien inspeccionaba los lavabos en busca de algún rezagado. No se veía ni un alma, así que volvió a toda prisa a la secretaría, que también estaba vacía.

Iris inspeccionó el casillero de los profesores y se hizo con el primer sobre marrón que vio. Estaba en la casilla de la señora Rose, cerrado con un cierre metálico. La fotocopidora aún emitía un ligero zumbido, y a Iris le llevó menos de un minuto reproducir la prueba de aptitud con su hoja de respuestas correspondiente. Volvió a meter las páginas en el sobre, presionó el cierre y lo devolvió a la casilla de la señora Rose. Luego salió al pasillo y se mezcló con los alumnos que volvían al edificio. Se moría de ganas de contarle a Poppy lo que había hecho. Gracias a ella, Poppy Earl y Troy Rademaker podrían respirar tranquilos.

Más tarde, Kinsey Millhone se preguntaría si las cosas habrían sido distintas de haber estado ella presente en el despacho del subdirector aquel día. Nadie podría haber predicho las consecuencias de las impetuosas acciones de Iris en respuesta a la petición del señor Lucas. De hecho, Kinsey tardaría aún diez años en conocer a los protagonistas de esta historia, y para entonces la suerte ya estaría echada. Resulta curioso que el destino dependa tan a menudo de una simple conversación.